

Víctor Alejandro Jaramillo

Participación de  
**OTAVALO**  
en la guerra de la  
Independencia

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA  
"NUCLEO DE IMBABURA"



Víctor Alejandro Jaramillo

Participación de  
**OTAVALO**  
en la guerra de la  
Independencia

*Colección* TAHUANDO N° 26

Julio 2002

# Exordio .

*Marcelo Valdospinos Rubio*

**V**íctor Alejandro Jaramillo fue el maestro, el legislador, el patriota, el historiador, pero sobre todo el otavaleño que se quedó en su tierra desestimando el espejismo de las grandes ciudades. Quedarse no fue sólo una nostalgia, fue una autoimposición que devino en la gratísima tarea de hurgar por las raíces y ser el cronista de las épocas de un Otavalo casi desconocido.

*El maestro Jaramillo tuvo la misión —cabalmente lograda— de modelar hombres de bien. Desde el aula formó grupos humanos que le deben el ejemplo de quien ama a su tierra. Y se sacrifica por ella. Sembrador de espiritualidades, cosechó en sus alumnos el fruto sazonado de su labor.*

*Víctor Alejandro Jaramillo es una sólida institución otavaleña. Su muerte (1984) no le restó en nada su protagonismo —especialmente— en la vida cultural. Está vigente con su reflexión y su mensaje. Tiene a su haber una amplia labor de historiador, investigador, escritor. Su obra es seria, docta, madura. Y sus conceptos sobre la grandeza de Otavalo tienen actualidad y permanentemente afloran para iluminar el camino que a veces se torna obscuro por la mediocridad de varios de sus dirigentes.*

*Jaramillo retorna con la fuerza de su pluma a hablarnos de libertad. Con maestría nos conduce al alumbrado interior de la etapa emancipadora donde criollos, mestizos e indios derrotan al yugo chapetón. Y de una manera didascálica nos revela el aporte de los otavaleños a tan titánica gesta.*

*¡Bienvenido Dn. Víctor! Su obra engalana la Colección Tahuando del Núcleo –su Núcleo- en sus Bodas de Oro institucionales.*

*Otavalo, mayo 2002.*

# Participación de Otavalo en la Guerra de la Independencia

Otavalo intervino en el primer plano de la lucha por conseguir la libertad muchos años antes de la fecha inicial de nuestra independencia, por la propaganda que venía haciendo en pro de la causa, desde 1798, el prócer otavaleño doctor Antonio Ante.

Páginas de cuenta en la literatura revolucionaria americana son las que escribió el doctor Ante con el epígrafe de "CLAMORES DE FERNANDO VII". Este opúsculo, de furtiva circulación, llevó, sin embargo, acentos de Patria al corazón de muchos americanos, residentes en México o Guatemala, Caracas o Santafé, Lima o Chuquisaca, Santiago o Buenos Aires, a quienes incitaba veladamente a la insurrección contra la Metrópoli.

No satisfecho con esta medida, el doctor Ante aparece como figura prominente entre los contertulios de la casa de doña Manuela Cañizares, donde se reunieron los próceres por la noche del 9 de Agosto de 1809, para procla-

mar la Independencia. El papel que desempeñó el doctor Ante en la alborada del día diez inmortaliza su nombre, pues con ello demostró que sus palabras no fueron superfluas, y que, como buen hijo de la Patria, estuvo pronto, de ser necesario, a sacrificar por ella su existencia. Apuñalado en su propio hogar, por enemigo cobarde, y reducido a prisión, siguió camino del exilio, acompañado de un hijo de pocos años, dando pruebas en el infortunio de conservar la misma fortaleza de ánimo con que participó al Conde Ruiz de Castilla la cesación de sus funciones, en nombre de la Junta Soberana de Quito.

La personalidad del doctor Ante ocupa decorosamente un alto sitio en nuestra epopeya. Como precursor continuó la obra de Espejo, difundiendo la idea de la emancipación. Espíritus pares, uno y otro, honraron el presidio; uno y otro, salieron al destierro. Espejo es más fecundo y más brillante como escritor; Ante es más ejecutivo como insurgente. El Secretario de la Sociedad de Amigos del País y el Miembro de la Junta Soberana de Quito responden a un mismo espíritu de Patria, a un mismo anhelo de libertad, en dos momentos distintos de la vida nacional. Cuando Espejo declina para pasar a la inmortalidad, sube al cenit el doctor Ante, envuelto en los resplandores de su maestro, el Precursor. Plutarco habría paralelizado estas vidas si tan austeros varones hubiesen actuado en la Roma de los Césares.

Lo que Ante no alcanzó a decir en el terreno literario, lo esculpió en el friso de la historia, con hechos de homérica belleza, propios de un auténtico descendiente de Pelayos y de Cides.

Nació en un pueblo de los tantos que tuvo Otavalo en el período colonial, en Urcuquí, tierra de sol, coraje y bravura, situada en un flanco de los Andes, permanentemente estremecida –cual la provincia toda-, por el jadeo de lucha titánica, ora en los campos de trabajo, para hacer fructificar las espigas, ora en los del honor, para dar brillo y esplendor a la libertad.

El doctor Ante bajó al sepulcro, en Otavalo, más cargado de merecimientos que de años, el 18 de Noviembre de 1836.

\* \* \*

Bajo la dirección de D. José Sánchez de Orellana y Cabezas, Otavalo se adhirió al movimiento de Quito en pro de la independencia, tan pronto tuvo conocimiento de la gallarda actitud de los próceres quiteños. Tal o cual funcionario peninsular, alguna que otra familia española establecida en el Asiento, explicablemente, fueron realistas, pero el núcleo social otavaleño, constituido por los criollos descendientes de los españoles, los mestizos y aun los indígenas, abrazó decididamente la arrebatadora causa de la libertad. Enrolados con los quiteños, los hijos de Otavalo pasaron por las mismas vicisitudes que tuvo la gesta, participando en los triunfos y sobrellevando esperanzadamente los fracasos que advinieron en el período de la reacción realista.

No es de extrañar que la intimidación de los realistas, después de que Juan José Guerrero, Conde de Selva Florida, tomara la dirección política de la Presidencia de

Quito, el 14 de Octubre de 1809, hubiese alcanzado a congregar al pueblo de Otavalo, el 4 de Noviembre del mismo año, para suscribir una acta llena de promesas de lealtad a su "muy amado y augusto Rey el Señor don Fernando VII" e inclusive para comprometerse "gustosos, unánimes y entusiasmados a sacrificar sus vidas e intereses", en alianza con los vecinos de la villa de Ibarra "para que formando un cuerpo se invada a todo aquel que se oponga a lo más mínimo, al Reinado del Señor don Fernando VII y su Dinastía". <sup>(1)</sup> Igual actitud tuvieron otros pueblos de nuestra Patria, en momentos de ofuscación, que habían de pasar muy pronto, para entregarse de lleno a la tarea de colaborar en la creación de un mundo nuevo, ancho y libre, donde fuese dable a los hombres vivir dichosamente, en su autonomía dignificadora.

Cual nuevo Prometeo, Quito arrebató a los dioses el fuego sagrado de la libertad, para derramarlo en todos los ámbitos del Continente. Pedestal de la ciudad y escenario de grandes acciones, el Pichincha fue testigo del voto heroico de un pueblo que rubricó su decisión de vivir sin cadenas, vertiendo a raudales la sangre de sus hijos. Ejemplo tan admirable tuvo repercusiones –si bien no inmediatas–, en Santafé y Lima, en México y Buenos Aires, lejanas sedes virreínicas del señorío español en tierras de América.

Los pueblos criados en el regazo de Quito hubieron de

---

<sup>1)</sup> *El acta original se halla en el Archivo de la Jefatura Política. La Monografía de Otavalo, por Amable Agustín Herrera, reproduce este documento, íntegramente.*

experimentar un sentimiento nuevo, inexpresable, apenas llegaron a conocer los pormenores de esa página de la Ilíada que constituye el 10 de Agosto de 1809, y a su impulso se lanzaron por el derrotero de la libertad que abría gallardamente la Amazona de los Andes. Quito ha sido, es y será siempre cerebro y corazón de la Patria: sus pensamientos, sentimientos y afecciones lo son de toda la República, porque quien tiene tan alta y señera rectoría, afirmada en una tradición de milenios y ennoblecida por la constancia de sus sacrificios en las horas decisivas de la historia, no puede menos de llevar la filial adhesión de todos los pueblos de clara estirpe shyri. Como valoración continental se le ha dado a Quito el título de "Luz de América": ese título académico es digno de la ciudad del 10 de Agosto, primogénita de la libertad; pero también lo es de los pueblos que despertaron a su grito, e inflamados por un ideal común, ofrendaron en el ara de la Patria la sangre de sus hijos.

\* \* \*

Durante doce años de infatigable guerrear, de 1809 a 1812 y de 1820 a 1829 los otavaleños se acostumbraron a vivir entre el humo de la pólvora y el fragor de los combates. El histórico Asiento de San Luis de Otavalo vivió estos largos períodos bajo signos marciales: tropel militar, desfile de batallones, música de clarines. El intenso tráfico de guerra acabó por acostumbrar a nuestro pueblo al campamento, a tal punto que quien no había salido por lo menos a una campaña, estando en posibilidad de hacerlo, perdía el predicamento de varonía, que los combatientes se arrogaban para sí, según sus despachos militares.

Presentes en casi todas las campañas, los otavaleños brindaron el calor generoso de su adhesión a la Patria, en trance de ser libre: en la de Pasto, <sup>(2)</sup> con Montúfar, siendo de aquellos que entraron en dicha ciudad, después del combate de Guapuscal, librado el 21 de Septiembre de 1811, en el que derrotaron al famoso caudillo Agustín Agualongo; en la de Cuenca, con Calderón, donde sufrieron peripecias mil, en su condición de subordinados a irresponsables jefes secundarios, que sacrificaron los intereses del patriotismo por servir a sus propias pasiones; habiéndose retirado a Quito, desde las goteras de Cuenca, con el ejército patriota, más tarde emprendieron nuevamente contra la Provincia de los Pastos, comarca de la cual hubieron de retornar llamados de urgencia por las autoridades de la Capital, en conocimiento del rápido avance del Presidente Toribio Montes, a dicha ciudad. Entretanto y a pesar de los descalabros que sufrían los insurgentes, centenares de voluntarios se acogieron a la Jefatura del Coronel Francisco García Calderón, quien, de ronda patriótica por Imbabura, llegó a constituir un cuerpo de seiscientas plazas, con hombres de esta provincia.

Perseguidos por el agente de Montes, Coronel Juan Sámano, los patriotas hicieron frente a los realistas, con

.....  
<sup>2)</sup> *En la información sumaria que se levantó en Otavalo para establecer responsabilidades por el asalto a tropas realistas, verificado el 26 de Noviembre de 1812, se puntualiza la participación de muchos otavaleños en la larga y sangrienta campaña de Pasto.- Véase Revista Municipal, Órgano del Muy Ilustre Concejo Municipal de Otavalo, Nros. 6-7 y 8.- Los originales, en el Archivo de la Corte Superior de Justicia, de Quito.*

suerte adversa, en el combate librado en las calles de la población de San Antonio de Ibarra, donde, no obstante que embotellaron al enemigo en el templo parroquial —que el avisado Jefe español había convertido en fortaleza, precisamente para el caso de un descalabro-, y cuando a Sámano no le quedaba otro recurso que la rendición, los patriotas se desbandaron esa misma noche, por haberse propalado el falso rumor del avance de refuerzos realistas, en socorro de Sámano. Esta determinación tan poco meditada perdió por entonces a los insurgentes, quienes quedaron a merced del rencoroso Jefe realista, por cuya orden fueron fusilados en la plaza de Ibarra el Coronel Francisco García Calderón, el Comandante Aguilar, el francés Goullon y otros más. Desafueiros de la tiranía que volvieron aún más legítima la causa de los pueblos americanos: Dios aceptó los sufragios de los mártires y armó con invencible espada el brazo de los héroes. Los que cayeron en Ibarra bajo el pelotón de fusilamiento, debieron haber escuchado, con los oídos del alma, las dianas de Pichincha!

La batalla de San Antonio de Ibarra fue la última que se librara en suelo ecuatoriano, en el primer período de la Independencia, cuyos sucesos se califican con el nombre peyorativo de "patria boba". Sin embargo, esos mismos desastres de la "guerra de ensayo, guerra sin pericia, sin caudillos, oficiales ni armas, guerra en que contaban más bien con las fuerzas espirituales del cielo por medio de procesiones y rosarios, que en las cabezas y brazos de la tierra", según asienta Pedro Fermín Cevallos, <sup>(3)</sup> sirvie-

---

<sup>3)</sup> *Resumen de Historia del Ecuador - Tomo III.- Página 155.*

ron para retemplar las fuerzas morales del pueblo quiteño, en cuya línea de sacrificio se había identificado absolutamente el de Otavalo.

En este período, el 10 de Agosto de 1809 y el 2 de Agosto de 1810, se produjeron en la heroica Quito hechos de tal significación, que jamás se borrarán de la memoria de los pueblos libres, como no se ha borrado el recuerdo de un 2 de Mayo madrileño, ni el de esa fecha universal, 14 de Julio de 1789, en que los revolucionarios de París hicieron pedazos los muros de la Bastilla, símbolo de la tiranía.

\* \* \*

En reconocimiento de servicios, la Junta Superior de Gobierno de Quito, elevó al Asiento de Otavalo al rango de Villa, juntamente con los de Alausí, Guaranda, Ambato y Latacunga, y a las villas de Ibarra y Riobamba, al de ciudad, según decreto del 11 de Noviembre de 1811, "atendiendo a la constante fidelidad y amor al orden público con que se han manejado unidas a las deliberaciones de su capital, habiendo manifestado sus leales habitantes su honor y patriotismo en promover y sostener con el mejor celo la defensa de la causa común". En tan acertada medida resplandece la justicia para el pueblo otavaleño, e igualmente para los demás, ahincados por su heroica voluntad en el centro crucial de los acontecimientos que determinaron la organización de la nacionalidad ecuatoriana.

La guerra de la Independencia impuso inmensos sacri-

ficios. Los pueblos americanos no repararon en ello y a su hora lo dieron todo: vidas, vituallas, dinero. El Ecuador en insurgencia desde 1809 alcanzó su libertad civil y su independencia política solamente el 24 de Mayo de 1822; mas, en su condición de Miembro de la comunidad americana, siguió ofreciendo su concurso total para la liberación del Perú obtenida en Agosto de 1824, a raíz de la batalla de Ayacucho.

En vísperas de la batalla de Pichincha, el 20 de Mayo de 1822, acantonaba en Otavalo el Coronel Bartolomé Salgado con cuatro compañías del batallón Catalonia; venía de Pasto y se dirigía a Quito, llamado apresuradamente por D. Melchor Aymerich, Presidente de la Real Audiencia, para reforzar la guarnición de la Capital ante el rápido avance de las tropas libertadoras que, siguiendo en dirección sur a norte, al mando del ínclito General Antonio José de Sucre, amenazaban quebrantar la resistencia realista en Quito, para adelantar a la insurreccionada Pasto.

Salgado escribió desde el pueblo de Túquerres a Aymerich, informándole de su marcha con dirección al cuartel general de Quito; pero su correspondencia fue interceptada en Otavalo y no llegó a su destino. En conocimiento de este particular, el aguerrido Jefe del Catalonia, cuerpo de ciento sesenta hombres, dejando de mano la espada toma la pluma, y desde esta villa que se debía totalmente a la Libertad y la Patria, informa al Presidente Aymerich, de su marcha para esa ciudad, "en la inteligencia que llevo soldados acostumbrados a vencer, y espero tener la satisfacción de acompañar a V. E. en la última jornada contra los

que tratan de invadir la Capital" <sup>(4)</sup>.

La interceptación de la correspondencia intercambiada entre las autoridades gubernativas y los jefes militares realistas, por obra de los patriotas, ocasionaba seria desazón a los primeros, pues del conocimiento de los planes del adversario, los patriotas sacaban el mejor partido en materias esenciales a sus propósitos. Los peninsulares no ignoraban el daño que se les infligía con esta actitud de los pueblos, y así, en el caso concreto que hemos apuntado, apenas se tuvo noticia en Quito de la detención del correo de Otavalo, las autoridades despacharon una compañía de sesenta hombres para indagar dicha interceptación, y mientras se distraía en tales menesteres la fuerza militar al servicio de los propósitos del Virrey Abascal, los insurgentes, en conocimiento así de la situación exacta del enemigo, como de sus propósitos, ajustaban sus planes conforme convenía a las circunstancias de cada momento.

Desde la población de San Pablo del Lago, el prócer otavaleño don Francisco Rodríguez informaba al futuro Mariscal de Ayacucho, con fecha 23 de Mayo de 1822 y con destinación a Los Chillos, del movimiento de tropas realistas por Otavalo, de la prisión de un "Alférez mulato Godo" y de algún otro asunto de interés para el General Libertador.

---

<sup>4</sup> *Carta del Coronel Bartolomé Salgado al Presidente Aymerich.- Archivo Nacional de Historia.- Copia certificada en el Archivo Municipal de Otavalo.*

Fue Dn. Francisco Rodríguez un ardoroso patriota que venía manifestando desde 1809 su propósito de no rendir en adelante tributo ni vasallaje al Rey. Tuvo participación destacada en la sublevación de 1812, suscitada en Otavalo, la cual motivó formal enjuiciamiento de los promotores, por las autoridades realistas. Los declarantes en este juicio sindicaron al patriota Rodríguez "como uno de los que fueron a quitar el pliego en unión de D. Joaquín Vinuesa, y que condujeron presos a esta cárcel al sargento y demás soldados que lo llevaban" <sup>5)</sup>.

Además de la relevante figura anteriormente mencionada, la historia ha recogido los nombres de Antonio y José Mora, Fray Antonio Jaramillo, Francisco Pozo y Galeano, próceres de la Independencia; de Ramón Espinosa y Roque Egas, vencedores en Pichincha y Tarqui, respectivamente; de Mariano Guerra, Agustín Pastrana, José Ocampo, Miguel Paredes, Cristóbal y José Torres, Marcos Alarcón, Manuel Chávez, José Páez, Javier Pinto y su hijo José, el hijo de Pedro Recalde, probablemente del mismo nombre, Antonio Cisneros, Tiburcio Acosta, Manuel Vinuesa, Manuel Mosquera y otros, que obstaban al Coronel Sámano, fatigando a sus tropas de vanguardia y retaguardia, interceptando los auxilios, apresando a los realistas, poniendo en libertad a los patriotas. No podrían tampoco quedar en el olvido quienes, habiendo nacido en jurisdicción de Otavalo, aunque no en la propia cabecera, embalsamaron el nombre de la Patria con los mejores afectos de su alma. Ellos, próceres o héroes, los que tuvieron la fecunda inspiración del bien co-

---

<sup>5)</sup> *Revista Municipal de Otavalo.- Nos. 6-7.*

mún, dirigidos y alentados por ardorosos sentimientos patrióticos; tienen derecho a la inmortalidad. Citémosles, respetuosamente: Julián Andrade, cotacacheño, participe en la sublevación de Otavalo, figura como uno de los conjurados; Presbítero Manuel Peñaherrera, cura de Cotacachi, de los que enarbolaron el estandarte de la libertad, habiendo sido objeto, por ello, de la persecución de las autoridades realistas; Mariano Hinojosa, de San Pablo del Lago, insurgente como Agustín Aguinaga, de Atuntaqui; almas próceras, viven en la memoria de los hombres de esta comarca; Presbítero Alzamora y Peñaherrera, cura de Intag, fervoroso patriota como tantísimos otros clérigos y religiosos que discurrieron entre los revolucionarios, animándolos en su constante sacrificio por darnos una Patria libre. De éstos es, precisamente, el Cura y Vicario de Otavalo, José Duque de Abarca, a quien se le privó de sus beneficios en el período persecutorio que siguió a la dispersión del ejército quiteño, por haber tenido una actuación pródiga, de relieves excepcionales.

Réstanos, ahora, mencionar a los bravos que combatieron en Pupiales, el 5 de Septiembre de 1812, bajo la dirección del Dr. Agustín Salazar, en proporción de un patriota por diez realistas, derrotándolos. Héroe semi-ignoto, no conocemos sus nombres de pila, mas sus apellidos establecen el tronco familiar al que glorificaron con su heroísmo: N. Vera, cayambeño; N. Andrade, de Cotacachi; N. Cevallos, sanpableño, quien murió en la acción.

\* \* \*

El 25 de Mayo de 1812 llegaron a Otavalo postas de Quito trayendo la gratísima nueva de la victoria de Pichincha: el corazón otavaleño se embargó de generoso entusiasmo por el triunfo de una causa que no era solamente suya sino de América y el mundo. En el deber de expresar su alborozo por tan feliz suceso, como primera providencia reunióse el pueblo en foro abierto y el 27 del mismo mes despachó a Quito una conspicua comisión que llevó al ilustre cumanés las más cumplidas felicitaciones del vecindario de esta villa.

Uno de los hechos más trascendentales de la vida cívica del pueblo otavaleño constituye el Juramento de la Constitución Republicana, el 29 de Julio de 1822, en plebiscito que tuvo por escenario el templo de El Jordán "ante el Dios de los Ejércitos Libertadores y tomando el nombre de los Evangelios, encarnadores del Verbo de ese Dios".<sup>(6)</sup>

Ningún lugar más apropiado que un templo católico para hacer un solemne juramento; allí, delante de la divina eucaristía, juez y testigo no solamente de los actos externos que realiza el hombre, sino principalmente de los votos íntimos del espíritu, el pueblo otavaleño juraba a Dios, por los Santos Evangelios, guardar, sostener y defender la Constitución de la República de Colombia, sancionada el 30 de Agosto de 1821, por el Congreso General de este país.

---

<sup>6)</sup> *Ramona María Cordero y León.- Artículo histórico que conserva el Archivo Municipal de Otavalo.*

El templo fue revestido con galas extraordinarias para suceso de tanta magnitud; el pueblo conocía al detalle los felices acontecimientos que se habían derivado del buen éxito obtenido en la batalla de Pichincha; se sabía políticamente libre por bondadoso designio de Dios, que personificó en el modesto y magnánimo General Antonio José de Sucre el rayo vengador del despotismo. El Angel de la Victoria había besado la sien del héroe cumánés, mientras un adolescente ecuatoriano, Abdón Calderón, hijo de Don Francisco García Calderón, asesinado por los realistas en la plaza de Ibarra, algunos años antes, eclipsaba el valor temerario de los leones que se batían en las escarpadas laderas del monte. Aún no se había ganado totalmente el bien de la paz, en territorios de la misma Real Audiencia de Quito, por la ahincada resistencia de Pasto, pero era evidente que aquel foco realista había de ser eliminado por acción victoriosa de las armas de la libertad.

Sobrada razón tenía, pues, el cristiano y patriota pueblo de Otavalo, para acogerse en lugar sagrado, y al pie de los altares, jurar su Constitución; así rubricaba ante Dios y la Patria, su inquebrantable fe en la libertad, su total adhesión a la República.

Don Joaquín Tinajero, Gobernador de este Cantón por la República de Colombia, fue el Comisionado del General de División Intendente de Quito, Antonio José de Sucre, para publicar la Constitución en esta Villa. Al efecto, arribó a Otavalo el 25 de Julio; dos días después, es decir, el 27 de dicho mes, convocó al vecindario, Corporaciones, Empleados, Padres de Familia y el Pueblo

todo, para que se reuniera el día siguiente, domingo, a las diez de la mañana, en la Plaza Mayor, donde debía promulgarse la Constitución. Cumplido el mandato en esa fecha, con todo el aparato posible, al día siguiente, lunes, 29 de Julio, se dijo "la Misa de gracias, peroración, juramento del Pueblo, empleados y Autoridades Civiles y Eclesiásticas, y se cantó el Te Deum en la forma prevenida por V. S., de que acompañó certificación autorizada".<sup>7)</sup>

Una serie de pequeños acontecimientos da testimonio de la inquebrantable determinación de nuestros mayores por la causa de la libertad, sometida a durísima prueba en los años cruciales de nuestra independencia. Tal es, por ejemplo, el castigo que se le impusiera al Corregidor de esta cabecera cantonal, José Sánchez de Orellana, en la Vista Fiscal de Tomás de Arechaga, que incluía su nombre entre los "reos" "por haber levantado el patriotismo en el Asiento de Otavalo y contribuído eficientemente con elementos materiales para la expedición militar del Norte", conforme reza el proceso; a pesar de las advertencias que se le hiciera en sentido contrario, en los tiempos en que materialmente se suicidaba la Patria, por las disenciones entre sus mismos hijos; tal, la calificación de los servicios del ciudadano Manuel Carvajal, vecino de Tabacundo y residente en Otavalo, a quien le acusaban los patriotas otavaleños de tener simpatías por los realistas, en tanto él se defendía del estigma demos-

.....  
<sup>7)</sup> *Oficio dirigido por D. Joaquín Tinajero al General de División Intendente de Quito.- El original reposa en el Archivo Nacional de Historia, y una copia certificada en el Archivo Municipal de Otavalo.*

trando que "desde el feliz momento en que se instaló el Gobierno Patriótico en la capital de Quito, he sido decidido, y he abrazado con siega pasión y obediencia la defensa de tan heroica y justa causa, coadyubando con todo lo que se me ha ordenado sin que me hubiesen notado desagrado ni abersión a la Causa" <sup>(8)</sup>; tal, en fin, el simpático proceso seguido por denuncia de varios ciudadanos de Otavalo y los soldados de la Compañía Cívica de la parroquia de Atuntaqui, acuartelada en esta cabecera, ante el señor Joaquín Tinajero y Guerrero, Juez Político y Comandante Militar del Cantón, contra Vicente Montenegro, vecino de Ipiales, pueblo que se había alzado juntamente con Pasto defendiendo la causa realista-, por haber oído decir al tal Montenegro, "que a los de estos lugares les habían de dar así avajo; que para el efecto tratasen de pararse duro en el Punto Guáytara". Otavaleños y atuntaquireños consideraban delictivas estas expresiones a más de atentatorias contra la "seguridad del Estado de la República de Colombia", <sup>(9)</sup> e hicieron comparecer al realista ante el señor Alcalde primero de la república, don Antonio Martínez de la Vega, para que respondiera por su insolente y temeraria conducta.

Y es que el proceso histórico de la Independencia de la Madre Patria se desarrolló luchando no solamente contra la explicable resistencia de las tropas peninsulares, sino anulando con el recurso de la fuerza a ciertos focos realistas, como el de Pasto, Corregimiento que de-

.....  
<sup>8)</sup> *La ortografía es la del documento original. El proceso pertenece al Archivo de la Notaría Ira. del Cantón Otavalo*

<sup>9)</sup> *Archivo de la Notaría mencionada.*

pendía de la Real Audiencia de Quito.

Pasto fue leal a sus sentimientos realistas y luchó esforzadamente por mantener el régimen monárquico. La vecindad de la realista Pasto, a Quito, insurgente, complicó las dificultades que tuvieron que sortear los patriotas quiteños al extremo que, cuando debía dirigirse la totalidad de los esfuerzos a la liberación del Perú, para liquidar el problema de la Independencia en todo el Continente, Bolívar en persona se batía victoriosamente en Ibarra, contra huestes pastusas, comandadas por el realista Agustín Agualongo, en Julio de 1823.

En esta acción de armas actuó el batallón "Yaguachi" de tan brillante comportamiento en la jornada de Pichincha. Los gloriosos claros que se habían abierto en esta unidad fueron llenados "con varios contingentes de reclutas que la Intendencia del Ecuador envió desde Quito, Otavalo e Ibarra".

Esta fue la contestación que dio el pueblo de Otavalo a la información que recibiera su Ayuntamiento, por parte del de Pasto, que se holgaba del triunfo obtenido por sus caudillos sobre los patriotas, e indicaba el avance a Quito, de 2.500 hombres de esa tierra de bravos, para acabar con el gobierno republicano, al cual le inculpaba de "latrocinios, homicidios y monstruosas violencias, incendio de casas y haciendas y otras iniquidades propias de semejante Gobierno bárbaro, sin fe ni religión cristiana...", según la referencia de O'Leary.

No fue empresa fácil someter a la rebelde Pasto, de-

fendida por los farallones del Guáytara y el Juanambú, de los cuales se aprovechó ese pueblo belicoso y ciertamente bravo, para mantener sus ideas monarquistas con menoscabo de los principios republicanos y democráticos que se preconizaban en todo el Continente. El General Salom, cansado de la lucha aunque no vencido por los pastusos, abandonó la dirección de las operaciones sobre la indómita Pasto, y al entregar el mando al que entonces era Coronel, Juan José Flores, le aseguraba que pronto recibiría refuerzos de Quito, Ibarra y Otavalo.

Los refuerzos, efectivamente, no tardaron en llegar a Pasto. Tan grande fue la decisión de Otavalo, que D. Pedro Montúfar, en los primeros años de la campaña libertaria, no vaciló en poner la expedición del Norte bajo los auspicios del Corregidor de esta ciudad. La medida, sin embargo, no fue del todo acertada, por falta de elementos materiales suficientes que garantizaran el buen éxito de la intervención armada; y así, los milicianos inexperos de Quito y Otavalo sufrieron un terrible desastre en el Guáytara, frente a los mulatos de Popayán y el Patía que, bien dirigidos por Gregorio Angulo, los atacaron furiosamente, obligándoles a tomar la retirada, después de haber dejado en poder del enemigo 145 prisioneros, inclusive seis mujeres y dos niños.

Avatares de la guerra, que han dejado, por lo menos, salvada la actitud moral de este pueblo que nunca ha medido sacrificios cuando de servir a un ideal se ha tratado. En la terrible campaña de Pasto, los milicianos otavaleños actuaron con Salom, Flores, Farfán y más jefes del ejército republicano, sobrellevando todas las penurias y

entre ellas algunos reveses, de la fratricida campaña, que la comarca de Agualongo y Sañudo hizo durar largos años, hasta quedar virtualmente aniquilada.

\* \* \*

De los documentos inéditos que reposan en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores se desprende la intervención de soldados imbabureños, muchos de ellos hijos de Otavalo, en la campaña libertadora del Perú.

Bolívar temía un fracaso de sus armas ante las realistas, y por ello creyó conveniente asegurar las plazas del Departamento Sur de la Gran Colombia, hoy Ecuador, con tropas veteranas, mientras se agilitaban las levas de milicianos en Quito, Guayaquil, Cuenca y demás ciudades del país. Dentro de la contribución ecuatoriana a la campaña del Perú, el aporte de Imbabura tuvo relieves excepcionales.

Por el escenario americano, en dirección norte y sur, pasearon su arrogante figura los coterráneos del Gral. Luis Alberto Jaramillo, fieros en la batalla, esperanzados en el fracaso, nobles en la victoria. Sus servicios a la Patria habían de alcanzar poco después del armisticio definitivo con España, frescos laureles, en la injusta disputa de fronteras, provocada por el Perú, y liquidada militarmente en Tarquí con el triunfo de las armas colombianas. Desde luego, la nueva guerra exigió mayores sacrificios a estos pueblos de los tres Departamentos del Sur de la Gran Colombia. La Junta de Arbitrios que funcionaba en Quito no cesó de pedir a todas las provincias ecuatoria-

nas el aporte necesario para hacer frente al conflicto, y el Sur de Colombia la Grande, lo dio todo, gustosamente.

Requerida Otavalo por la mencionada Junta, para que alistara sus hombres, con los cuales debía llenar las bajas de los batallones que en los primeros meses de 1828 regresaban de Popayán, dio al punto ciento veinte milicianos, solteros todos "y capaces del servicio de las armas", según certificaba el Jefe Político de esta ciudad. Luego, en Septiembre y Octubre del mismo año, el Batallón Ayacucho que se hallaba en Quito, recibía un refuerzo de ciento setenta y tres hombres de las parroquias rurales de Imbabura y Pichincha.

No fue esto todo. Otavalo aportó también con dinero, caballos y bagajes. Es muy significativo el hecho de acreditar aportes de cuatro mil pesos, sobre un empréstito de treinta mil abierto por la Junta de Arbitrios, como primera providencia. También merece mención especial la patriótica actitud de varios curas de esta ciudad, que daban con el mismo objeto doscientos pesos, mientras varios curas de Quito no entregaban sino ciento cinco. Y por qué no indicar, además, en relación con este esfuerzo de guerra, la prontitud con que actuaron los Jefes Políticos de Otavalo e Ibarra, como personeros de sus respectivos pueblos, al entregar treinta caballos al Capitán Forero el mismo día en que la Junta de Arbitrios solicitaba se proveyera al ejército de veintidós cabalgaduras.

Este noble esfuerzo se relieva más aún al considerar la miseria que pesaba sobre los pueblos del Departamento Sur de la Gran Colombia, acentuadísima especialmente

desde 1826, por falta de consumo de las cosechas, proveniente de la notoria disminución de la población, y de la competencia que al producto nacional sometía el extranjero, a merced del comercio libre que hacían las naciones, por la vía marítima del Cabo de Hornos.

Bolívar juzgó al Ecuador con criterio muy severo y aun con cierto cariz de prevención que no ha dejado de mortificar nuestro orgullo nacionalista. Crespo Toral se quejó de ello y, por lo que tenemos entendido, no le faltó razón. Pero ante el hecho inconcuso del patriotismo imbabureño, lo reconoció, dándole el calificativo de "admirable", al tenor de lo que aseveraba, de instrucción suya, su Secretario en campaña, C. E. Demarquet, en oficio circular a los Intendentes de Quito y Guayaquil, de 18 de Julio de 1823. Otro documento de la misma fecha, suscrito en Ibarra, establece "la satisfacción que ha tenido al ver los prodigios de valor que ha hecho la caballería, y por el admirable patriotismo que ha demostrado este pueblo auxiliando las tropas por cuantos medios posibles, dejando al enemigo en una perfecta ignorancia de nuestros movimientos, apresando a los derrotados, y últimamente recogiendo todas las armas y el botín que estos infames dejaron en su precipitada fuga" <sup>(10)</sup>.

Anteriormente, el 8 del mismo mes y año, Demarquet informaba desde Otavalo al Coronel Heres, que "estos pueblos están dando más que los demás en mulas, caballos y ganados y no se les puede exigir dinero".

.....  
<sup>10)</sup> *Memoria de O'Leary.*

La Municipalidad de Quito, altísima representación de un pueblo que nunca ha omitido nada en obsequio de la Patria, temía que se produjera algún trastorno que afectara la tranquilidad pública, si no se arbitrabán recursos para el sostenimiento de las tropas acantonadas en territorio ecuatoriano. El trastorno no llegó a producirse, porque a trueque de sufrir la más extremada miseria, nadie dejó de contribuir con cuanto tenía: las madres entregaban sus hijos, reproduciendo escenas espartanas de legendaria grandeza, y los jefes de familia que no se hallaban en la posibilidad de servir a la Patria en los campos de batalla, daban de su hacienda cuanto se requería para tan laudable finalidad.

\* \* \*

La invasión peruana, en 1828-1829, ocasiona una nueva guerra, originada por el imperialismo del país suroccidental que, entonces como ahora, se mostraba agresivo, con la inaudita pretensión de desmembrar Guayaquil de la Gran Colombia, para anexarla a sus posesiones. La propaganda peruana previa a la invasión, hablaba, también, de la necesidad de oponerse a los proyectos constitucionales del Libertador y a la pretensa dictadura suya en dicho país. Secundariamente el Perú alegó la reintegración de Jaén y parte de Mainas, y, con todo esto, creyó justificar su inicuo atentado contra la Patria de sus libertadores.

Vencido en el Portete de Tarqui, Colombia la Grande agregó a sus lauros una página inmarcesible. Sucre y Flores fueron los héroes de la acción. A nadie interesaba

el triunfo como tal, ni siquiera habida cuenta de la desproporción de las fuerzas comprometidas en la campaña; más bien se tenía por hartamente doloroso que hubiesen llegado a ponerse frente a frente colombianos del sur y peruanos, quienes no hacía mucho habían defendido unidos una causa común. Pero al triunfar las armas de la Patria con la más ilegítima de las tesis, en guerra justa y simplemente defensiva, todos los antibolivarianos vieron destruidos sus nefastos propósitos. Los foráneos, hubieron de entregar Guayaquil, que retenían arbitrariamente; y los de dentro, Santander, Obando, Bustamante, López, que abierta o solapadamente trajinaban contra el Libertador, y apuñalaban a la obra de su ensueño, la Gran Colombia, debieron esperar algún tiempo más para solazarse presenciando la consumación de sus siniestros designios.

Cuando se llegó a saber en Otavalo el feliz éxito que se había obtenido en la campaña del Sur, los Alcaldes Municipales de esta villa D. José Mariano Almeida y D. Joaquín Terán, se dirigieron al pueblo con el siguiente Auto: "Que en medio de la tribulación general que sentía el territorio colombiano <sup>(1)</sup> en el Norte y Sur, por la invasión de la República del Perú, desconociendo el sagrado deber de la amistad y la gratitud: el Dios de los ejércitos nos ha protegido visiblemente: ha concedido a las armas de Colombia el más glorioso triunfo en Saraguro, Portete y Girón contra los invasores hasta ser desalojados de nuestro suelo con los pocos restos de su Ejército. Ellos hubieran perecido infaliblemente, si no

.....  
<sup>1)</sup> Léase "pueblo colombiano".

los hubiera indemnado el Excmo. señor Jefe Superior, según las noticias positivas que nos dio el señor Coronel Rivas, procedente del Ejército, y lo que es más admirable; que al presentarse en Juanambú el Supremo Bolívar, sucumbió Pasto. Para darle gracias al Todopoderoso por estos beneficios, debían mandar y mandaron que se celebre una Misa Solemne con Te Deum el día Jueves en la Iglesia de San Francisco, a cuyo Rdo. Guardián se le pasará el oficio de estilo, y al que asistirán todos los Empleados y Ciudadanos: que se ilumine estas tres noches consecutivas todo el lugar, concurriendo todos los músicos con sus instrumentos desde las siete hasta las nueve de cada una de ellas. Que se pase el oficio al señor Vicario Eclesiástico: que se convoque a los Alcaldes Parroquiales; y que hoy mismo se publique en esta Villa. Lo cual así lo proveyeron y firmaron en Otavalo a diez de Marzo de mil ochocientos veintinueve años.- Archívese.- (f.) José Mariano de Almeida.- (f.) J. Terán.- Por mandato de los SS. Alcaldes,- (f.) Francisco de la Coba y Cárdenas, Escribano Público de los del No".<sup>(12)</sup>

La historia ha recogido estos claros títulos de civismo del pueblo de Otavalo, ganados en años y años en que su capacidad de servicio a la Patria estuvo a prueba. El ejemplo de Quito tuvo tal fuerza de penetración en el alma ecuatoriana, que no hubo región, provincia ni pueblo que no se prestase a secundar el magno empeño de la prócera Quito, de ganar la libertad y la dignidad de vivir sin yugo ni tutela. Pero dentro de esta tensión espiritual,

.....  
<sup>12)</sup> *Archivo de la Jefatura Política.*

propicia a toda suerte de realizaciones nobles, Otavalo se magnifica siguiendo una línea nítida, áspera, de sacrificio. Su juventud fue virtualmente arrasada en ese remolino de sangre de la revolución de la Independencia, y en cuanto a contribución material, de sus afamados obrajes salían las mantas con que se abrigaba el ejército en campaña; en sus talleres se confeccionaba el calzado de la tropa; las haciendas entregaban los abastos necesarios para la movilización. ¿Qué más podía exigirse de este pueblo de Cincinatos, que empuñaba las armas cuando de ello había necesidad y volvía luego a la esteva, la fábrica y el taller para producir la riqueza que la Patria necesitaba para el cumplimiento de sus altos destinos?

Cuando sonó en América el clarín de la libertad, de las tierras de Saránsig brotaron guerreros de marcial continente, enamorados de las hazañas, del heroísmo, de la gloria. Al paso de los batallones libertadores por la tricentenaria calle "real", las más bellas muchachas aplaudían a los héroes, mientras se cerraban los claros que dejaban las balas de mil combates, con pelotones de mozos esforzados, muchos de ellos de humilde extracción social, que pasaban a hombrearse con los que estuvieron presentes en las Queseras del Medio, en Carabobo, en Boyacá, en Pichincha.

Las últimas páginas de la epopeya americana, tanto como las primeras, habían de escribirse con sangre imbabureña. Arrastradas por el presentimiento de la gloria, fuerzas ecuatorianas de Quito, Guayaquil y Cuenca, viajan al Sur, a entregar el aporte necesario para la liberación del Continente. En Junín, la presencia de Bolívar

hará irresistible la carga de los centauros; en Ayacucho oirán los hombres de estas tierras la más breve y electrizante de las arengas que se produjeron en el ímpetu de la acción: "paso de vencedores", en tanto se inflama con rutilantes iridisaciones la espada de Córdoba, a quien le viene pequeño el calificativo de Ajax americano; en Tariqui, la bravura de Sucre nos deparará una victoria contra la felonía, y su magnanimidad impedirá que la derrota de los invasores se convierta en su descalabro definitivo.

¿Cuántos hombres de la jurisdicción de Otavalo <sup>(13)</sup> estuvieron presentes en estas acciones? La falta de anales no permite determinar su número con exactitud; mas, lo incontestable es que entre los batallones que partieron de Quito, y en los granadino-venezolanos, que penetraron en el Departamento Sur de la Gran Colombia, se enrolaron centenares de milicianos otavaleños, casi todos conocedores de las alternativas de la vida de campaña, desde 1809. La Villa y sus parroquias quedaban semidesiertas; los campos y las artesanías, abandonados. Verdaderos románticos, enamorados de la libertad, los otavaleños renunciaban la vida civil y el inefable placer de residir en la incomparable tierra donde vieron la luz primera, para enrolarse en el ejército con la determinación de entregar a la Patria el calcio de sus huesos y su san-

---

<sup>13)</sup> *Otavalo comprendía entonces un área mucho mayor que la actual. Parroquias suyas eran Cotacachi, Atuntaqui, Cayambe, Tabacundo, Urcuquí, Tumbaviro y otras que actualmente pertenecen a distinta jurisdicción.*

gre germinativa de nobles ideales. <sup>(14)</sup>

Bolívar exaltó a Otavalo al rango de ciudad el 31 de Octubre de 1829. Nadie conocía tanto como el Libertador los servicios que el pueblo otavaleño venía ofreciendo a la Causa Magna. En las varias veces que estuvo en

*<sup>(14)</sup> Véase este documento de la época relacionado con la participación de Otavalo y sus parroquias en la campaña de Pasto: "TOMAS MAMEI Teniente Coronel y Comandante de Armas de la Provincia de Imbabura, del Orden de los Libertadores de Quito condecorado con las cruces de Vargas, Carabobo, Cundinamarca y el Busto de S. E. el Libertador Presidente, y Gobernador accidental de la misma, 1° todo hombre se presentará pasado mañana que contaremos 23 del corriente en esta plaza mayor con cualesquiera clase de armas que tenga, y sin excepción de personas que pueda llevarlas conforme a la Ley.- 2° El objeto de su presentación será ponerse de hecho a disposición de la Comandancia de Armas de esta Provincia para marchar sobre el Guáybara el día 24, con el fin de llamar la atención por esta parte a los facciosos, y que en virtud puedan obrar nuestras Tropas con mayor seguridad.- La fuerza con que marche esta Comandancia de Armas se compondrá a lo menos de quinientos hombres, para cuyo número cuenta ya con trescientos voluntarios de Otavalo, Atuntaqui y Cotacachi que estarán aquí el 23 del presente; bajo cuyos principios se espera que los habitantes de esta Capital, y sus parroquias vecinas se pongan listos, oyendo los clamores de la Patria que los llama a su defensa, y finalmente este Gobno. y Comandancia aguarda con la mayor satisfacción, que todo Ciudadano capaz de prestar un servicio tan importante, se presentará voluntariamente el día señalado para emprender la marcha que se indica; en el concepto que de no hacerlo serán tratados como a enemigos del reposo y tranquilidad.- Publíquese por bando en esta Capital, y comuníquese a las Parroquias para su puntual cumplimiento. Dado en Ibarra, a 21 de Enero de 1829.- 19. Mambi.*

esta Villa pudo advertir que en pocos lugares se le profesaba tanta admiración, respeto y gratitud por sus desvelados servicios en pro de la libertad. "La travesía de Bolívar por las altas mesetas de las provincias de los Pastos e Ibarra, uno de los países más hermosos del mundo –dice Vicente Lecuna-, fue un continuo triunfo. Los indios le prepararon arcos de flores. Las poblaciones salían a su encuentro a victoriarlo. Lo mismo en la provincia de Quito, no menos bella y más poblada. Pasó por Tulcán, Tusa, Puntal e Ibarra, adonde entró el 12 de Junio. En Otavalo lo esperaba su antiguo edecán el Coronel Diego Ibarra con la caballería de Sucre y una columna al mando de Córdoba para servirle de escolta. El 15 entró en Quito en medio del entusiasmo y alegría general de la población". <sup>(15)</sup>

Esta fue la primera vez que estuvo en Otavalo, rodeado de un pueblo que le admiraba, y en compañía de cuatrocientos lanceros, comandados por el Coronel Ibarra, Jefe de la Caballería, y asistido también por el piquete de escolta que obedecía órdenes del más apolíneo de los adalides colombianos, José María Córdoba.

Un año después, el 15 de Julio de 1823, salió Bolívar de Quito a detener a los pastusos que, con temerario arrojo, querían probar sus armas fuera de sus inaccesibles reductos, donde no las rindieron jamás, sin embargo de haber sido derrotados, muchas veces. Los pastusos avanzaron hasta Ibarra, capitaneados por Agualongo y

<sup>15)</sup> *Crónica razonada de las guerras de Bolívar.- Vicente Lecuna.- Tomo III.- Pág. 108.*

Merchancano, con la determinación de pasar a Quito, ciudad en aquel entonces desguarnecida. El Genio de la Guerra les obstó sus propósitos: como hemos dicho, el 5 de Julio abandonó la Capital con dirección al Norte; el 6 pasó en Guayllabamba; el 8 estuvo en Otavalo, por segunda vez, donde permaneció hasta el 11, entregado febrilmente a preparar la batida de los insurrectos; en esta fecha regresó a Guayllabamba a esperar la llegada de los contingentes militares del Sur. "El Libertador ordenó a Salom replegar al aproximarse los enemigos -apunta Lecuna-, de manera de mantenerse a diez leguas de ellos para no exponerse a un combate. Su intención era atraer a los insurrectos hacia el Sur, y batirlos en la llanura entre Otavalo e Ibarra. Para lograrlo, era necesario fingir inferioridad, y al efecto replegó personalmente con el cuartel general y algunas tropas de Otavalo a Guayllabamba. Los rebeldes no siguieron hacia el Sur, pero distraídos en Ibarra dieron tiempo a reunirse los colombianos" <sup>(16)</sup>. El 14 se movilizó de Guayllabamba a Tabacundo, el 16 estuvo en San Pablo del Lago y el 17 enfiló por El Abra, es decir, por el flanco oriental del Imbabura, al maravilloso valle de Ibarra, extendido como un lienzo de estupenda decoración, sin pliegue alguno, bajo la deslumbradora luz del dios de los Shyris, entre el Imbabura, la cordillera de Yuracruz y el Pinllar, cuyos declives nórdicos se pierden en la lejana y caliginosa hendedura del valle del Chota.

La victoria obtenida en Ibarra fue fulminante, no obstante que los invasores pelearon con su reconocida bra-

<sup>16)</sup> *Ibid.- Tomo III.- Pág. 263.*

vura. La ciudad de Cristóbal de Troya se honró colaborando activamente con las fuerzas libertadoras, según tenemos ya indicado, con referencia tomada del mismo Padre de la Patria.

Descontando las ocasiones en que el Libertador estuvo en Otavalo, solamente de paso, si bien siempre debidamente cumplimentado, su tercera visita formal la realizó el 31 de Octubre de 1829. Se aproximaba la hora de la Luz Indeficiente para su grande espíritu, y entonces, cuando los actos humanos son un trasunto de la esencia misma de la Justicia, cuando la voz del deber se deja oír en el fondo de la conciencia con obligante acento, Bolívar, en el Cuartel General de esta plaza, dicta el Decreto por el cual la Villa de San Luis de Otavalo es erigida a Ciudad.

La Justicia quedó servida en forma cabal; el honor, grande en su específica significación, para Otavalo lo es más aún por provenir del "HÉROE DE LOS SIGLOS", calificativo que nuestros mayores dieron al Libertador en memorable documento público, precisamente cuando tomaron la acertada determinación de erigirle en el Parque principal que lleva su nombre, un monumento digno de sus glorias inmarcesibles, de su legendaria grandeza.

El 1° de Noviembre pasó el Libertador a Ibarra. Memorioso y justiciero, confirmó el rango de Ciudad que le diera la Junta Superior de Gobierno, en 1811, a la Villa fundada por el Capitán D. Cristóbal de Troya. Desde dicha ciudad, Bolívar escribió una Carta al General Tomás Cipriano Mosquera, en que le dice: "Yo insisto termi-

nantemente en que debemos tomar el Marañón por límites desde Jaén para abajo, porque siempre hemos estado en posesión de esas tierras, y porque la tal cédula <sup>(17)</sup> si es que ha existido no ha llegado a tener cumplimiento, como estoy muy bien informado sobre este punto. Además, la naturaleza nos ha dividido por el Marañón en esos desiertos, y es el único modo de evitar guerras y querellas; demasiado nos debe el Perú para que nos quiera quitar las tierras que Dios y el tiempo nos han dado" <sup>(18)</sup>.

\* \* \*

Otavaló tuvo el privilegio de nacer a la vida civilizada bajo signo cristiano. La inmortal España la amamantó a sus pechos dándole con magnánima generosidad fe y sangre, idioma y costumbres. Sin embargo, cuando el pueblo ecuatoriano llegó a su mayoría y en uso de legítimo derecho enfiló por el camino de la emancipación, Otavaló salió a la palestra, con armas hidalgas —de aquellas que jamás faltaron en el solar de la raza—, y luchó esforzadamente en el largo y sangriento período de la guerra civil empeñada entre españoles y americanos.

Jamás negó concurso alguno a la causa de la Independencia, al tenor de su característica manera de ser: recatada en pedir, pródiga en dar. Durante todo el período colonial no tuvo Cabildo solamente porque no lo demandó. Mientras se desangraba en la guerra magna selló también los labios, como quien no espera recompensa

.....  
<sup>17)</sup> *La de 1802.*

<sup>18)</sup> *"Cartas del Libertador".- Vicente Lecuna.- Tomo XI.*

particular alguna por su sacrificio. Mas el reconocimiento no se dejó esperar, habiéndosele tributado no como quiera ni de cualquier mano, sino ilustrada por los altos prestigios de la Junta de Gobierno de Quito y del mismísimo Libertador, que entregaron a Otavalo, en dos fechas estelares de su historia, títulos que le dan la alta categoría de hija predilecta de la Patria.

Estos son sus nobles prestigios; éste, su límpido linaje. ¿Necesita blasones reales un pueblo a quien Dios ha colmado de privilegios, y la Patria, agradecida, de títulos que le dignifican en la medida de sus amplios merecimientos?

